

PREGON DE FIESTAS
1982

Luis del Olmo

Luis del Olmo.

Nace en Ponferrada (León). Periodista rediofónico. Director de importantes programas en diversas emisoras nacionales.

Señoras y señores, amigos de Yecla:

Me siento gratamente sorprendido, —yo diría que emocionado— ante esta movilización de fervor, ante esta explosión de entusiasmo que Yecla y los yeclanos demuestran invariablemente, año tras año, con motivo de sus tradicionales y entrañables fiestas de la Inmaculada Concepción, de su queridísima Virgen del Castillo, a la que hace unos días visitaba a la mano de Miguel Ortuño. Una ciudad entera, como un solo hombre, con un solo corazón, pone todo lo mejor de sus recursos, de su imaginación, de su esfuerzo, por mantener viva la llama de una tradición simpár, cuyos orígenes se remontan en los siglos.

Tal vez vosotros, queridos amigos, lo consideréis normal. Para un yeclano bien nacido, nada más natural que dar lo mejor de sí mismo, con tal de enaltecer las fiestas de su patrona. Pero, para quien os visita por primera vez, como es mi caso (y aprovecho el inciso para prometer que no será la única, ni la última), para quien no os conoce, ni tiene conocimiento cierto de las nobles urdumbres con las que está tejido el talante del yeclano, este ímpetu extraordinario, esta demostración de amor, esta generosidad, esta colaboración estrecha entre chicos y grandes, entre ciudadanos pertenecientes a los más diversos

estratos sociales y culturales, este punto de unión situado por encima de pareceres e ideologías, esta meta común, en definitiva, este cariño solidario de un pueblo para con sus fiestas, es la más perfecta demostración de la pujanza y el futuro de un pueblo.

En mi trabajo ordinario, en un micrófono que posee el extraordinario privilegio de una difusión amplísima, que cubre —de costa a costa— hasta los más escarpados rincones de nuestra querida España, en este maravilloso tajo mío de cada día, he podido tener muchísimas veces la ocasión de estar en contacto con las inquietudes, los esfuerzos, y las esperanzas de grandes y pequeños pueblos de nuestra geografía. Y he constatado que, a pesar de la lucha de quienes se han esforzado y se esfuerzan por sacarlos adelante, por prestarles su apoyo, a pesar del tesón de minorías voluntariamente enraizadas en su patria chica y enamoradas de ella, existe en ellos una triste sombra de desesperanza, una amenazadora nube de desencanto. Y la verdad, esta sensación, aunque negativa, es muy comprensible. Estas personas que me escriben, muchos de ellos conocidos tan sólo a través de la relación epistolar, o mediante una conversación telefónica, sienten en sus propias carnes el esfuerzo desgastador de remar contra corriente. Son conscientes de que su actitud por revitalizar la profunda raíz de sus tradiciones, se asemeja en mucho a la actitud —noblemente caballeresca, pero a la vez, desgraciadamente insensata— de don Quijote de la Mancha luchando contra los molinos de viento. Esta sociedad nuestra de consumo —que nos consume cada día un poco más— pone aspas en dirección de la gran ciudad, de la Metrópoli monstruo. Es un gigante que lo devora todo, que atrae a las nuevas generaciones con la promesa —cada vez más engañosa— de una vida más cómoda, más moderna, con más futuro. Y que después devora a sus hijos, con la misma voracidad con que ha devorado su propio pasado. Estas ciudades-monstruo, hoy día, no poseen tradiciones. Las que tuvieron en su día, heredadas del legado de la historia cuando todavía eran ciudades menestrales, se han sepultado ante la continua afluencia de gentes de diversas latitudes, ante el incesante trasiego humano. Da igual su entorno, su situación. Han superado hace tiempo el concepto de región. No importa que estén en Levante o en Poniente, en el Norte o en el

Centro; yo me atrevería incluso a decir, que están en trance de superar hasta los límites nacionales. Son ciudades cosmopolitas, perfectamente estandarizadas, donde su personalidad propia se diluye ante unos esquemas, unos convencionalismos aceptados de antemano para recibir a este ciudadano del mundo, cuyos conocimientos de la tierra que pisa, se limita al vestíbulo del aeropuerto, al de la impersonal habitación del hotel, y al nefasto restaurante con la no menos insípida 'carta internacional'. En estas ciudades montruo, sucede que el visitante se siente mucho más 'en su casa' que quien la vive —y mejor aún la 'sufre'— cada día. Esto puede ser muy evolutivo, muy actual, muy futurista, pero a mí, particularmente, me resulta enormemente triste.

Y ante la visión de pueblos —otrora deslumbrantes— que van perdiendo a sus mejores hijos, atraídos por los reclamos engañosos de la inmensa megalomanía de la urbe...

... ante la triste realidad de comarcas que en su día su progreso era creciente, y hoy se despueblan...

... ante las planificaciones, en muchos casos insensatas, de organismos oficiales que concentran sus recursos y ayudas en un objetivo que tiende a provocar la desertización económica, moral y social de las zonas rurales, a la vez que estimulan el crecimiento incontrolado y el gigantismo exacerbado de núcleos poco capacitados para asimilar debidamente tal expansión...

... ante este tipo de casos y ante esa evolución que parece tan nefasta como irreversible... uno tiene que sorprenderse, y expresar su más emocionada admiración ante el ejemplo contrario, ante esta Yecla pujante, ante vosotros, amigos yeclanos, que habéis sabido dar exacta respuesta a quienes, en algún caso, habrían podido pensar que el futuro de una mejoría social, el futuro de un florecimiento económico, el futuro de un mayor bienestar no iba a radicarse en esta bendita ciudad, custodiada desde lo alto por vuestra patrona, la Virgen del Castillo.

Vosotros, amigos yeclanos, con vuestro ejemplo de unión, con vuestra colaboración, con vuestro trabajo rebosante de entusiasmo y de solidaridad, habéis cerrado la boca a tan pesimistas profetas y habéis hecho una Yecla más grande, más próspera, más humana, una Yecla apuntada definitivamente al carro del progreso, demostrando, con todo ello, la verdad de esa frase que tanto se jalea y que no siempre se pone en práctica, la de que 'un pueblo unido, jamás será vencido'.

Por eso constituye para mí un gratísimo honor, haber tenido la suerte de que os hayáis acordado de mí, para pregonar y ensalzar vuestras Fiestas, y haber, con ello, disfrutado de esta excelente ocasión para conocer de cerca vuestra tierra, vuestro paisaje, vuestras costumbres, y sobre todo, vuestro indomable amor a esas nobles tradiciones que tanto y tan loablemente hablan de Yecla y de los yeclanos.

Personalmente, soy un enamorado de nuestras fiestas populares. Considero que constituyen un fenómeno irrepetible en la historia social de nuestro mundo contemporáneo. No quiero decir que en otros países no celebren festividades y celebraciones más o menos tradicionales. Sin embargo, pertenecen a otra forma de ver y encarar la realidad; son otra cosa. No deja de ser bastante sintomático que la palabra 'fiesta', no encuentre traducción exacta, esencial, perfecta en otros idiomas, porque el significado que aquí, en nuestra España, le damos es absolutamente personal e intransferible.

Esta mezcla de entusiasmo, piedad, alegría, jolgorio, religión, folklore, disfraces, tradición, 8.000 kilos de pólvora, grito y ezo, risa y plegaria, explosión y silencio, fastuosidad y devoción, esta mezcla de pasado, presente y futuro, convertido en un todo, esta acronía, esta revitalización de la historia, y sobre todo ese inmenso poder de convocatoria, esta tremenda capacidad de participación, en definitiva, esa síntesis perfecta de elementos aparentemente contradictorios que se unen en la fiesta española, no es concebible que pueda ser trasladada a otro país. Se convertiría en algo absolutamente confuso, extraño, ininteligible, en algo mítico, incomprensible, y por tanto, totalmente

alejado de lo que significa el adjetivo 'popular'. Aquí no sucede tal cosa.

Y el ejemplo lo tenéis ahí. Esa Yecla pujante, en dinámica de progreso, con sus industrias del mueble, con sus caldos cada vez más cotizados internacionalmente, esa Yecla que ha sabido entender perfectamente esa soberana lección de economía moderna y de planificación de auténtica vanguardia que supone mantener las tres claves del progreso: agricultura, industria y comercio como tres hermanas gemelas e inseparables, unidas y proyectadas a un mismo fin, sin enfrentarse entre ellas, sino complementándose debidamente. En definitiva, esa Yecla que ya piensa en el siglo XXI, es también, paradójicamente, la Yecla del arcabuz, la que celebra, año tras año, y con el mismo entusiasmo y fervor que el primer día –que es lo importante– el favor que les hizo nuestra Señora a esos voluntarios yeclanos, que en el siglo XVII fueron a defender el puerto de Vinaroz, y salieron indemnes de la prueba. Desde aquella fecha en que el capitán Zaplana y su grupo de valientes rinde voto de gracias a la Madre de Yecla por la protección dispensada, se celebran estas fiestas de diciembre, y Yecla conoce desde entonces, por estos días, el indescriptible espectáculo del estallido de la pólvora, del sometimiento de un arma, puesta desde entonces al servicio de la paz, de la concordia, de la unión, de la fiesta.

Sí. Indiscutiblemente, Yecla es una ciudad de contrastes, como pocas, al futuro... no renuncia, en nada, a las herencias de su riquísimo pasado. Que no se confundan ese tipo de visitantes que con un turismo mal digerido, intentan consumir la historia y la vida de una ciudad como si fuese chicle americano, que no se confundan hacia esa lealtad yeclana hacia su pasado. No por ello Yecla es una ciudad encerrada en sus propias tradiciones, con los ojos ciegos a las conquistas del mundo exterior. Esta dicotomía, esta contradicción que quieren hacernos ver, hoy día, entre lo conservador y lo progresista es absolutamente falsa. Una cosa no quita la otra. Mi criterio personal es bien distinto. No son términos contrarios, sino complementarios. Porque conservando lo realmente esencial del pasado, lo que define y fundamenta nuestra propia personalidad como individuo o como comunidad, conservando esa riqueza histórica, y

sabiéndola enriquecer con el esfuerzo del presente, es como llegaremos a progresar auténticamente en el futuro.

Vengan bien y en buena hora esos arcabuces y conviertan a Yecla en una atronadora explosión de entusiasmo. Que ese entusiasmo, esa fuerza de trueno, se convertirá después en dinamismo eficaz, cuando, una vez acabadas las fiestas, la batalla diaria de Yecla consista en conquistar nuevos mercados, en nuestro país y fuera de nuestras fronteras, para sus muebles, para sus vinos, y sobre todo, para sus gentes.

Porque la vitalidad de la tradición viene dada por el entusiasmo de las personas que la perpetúan. Y en esto, sí que el carácter yeclano ha dado el más noble ejemplo. Bien seguro estaba el capitán Zaplana del carácter de sus paisanos, cuando, tras un año de ausencia combatiendo a los berberiscos en las costas de Vinaroz, y llevando el estandarte de la Virgen del Castillo en su bandera, volvió con su valiente soldadesca, sin una baja, y prometió a la Virgen perpetuar el hecho rememorándolo todos los años, instituyendo, desde entonces la primera escuadra de arcabuceros. Muy confiado estaría ese noble capitán, en que la tradición no se iba a perder con los años, sino que cobraría más y más fuerza, hasta convertirse en algo que ha llegado a definir perfectamente la esencia de toda una comunidad. Y es desde ese afán de mantener en el futuro el entusiasmo de estas fiestas, como se han de observar dos instituciones queridas dentro de las costumbres de estas fiestas, como son, por ejemplo, los pajes infantiles, integrando con ello a las novísimas generaciones en la participación de estos días festivos, o también la institución de los Clavarios, que son los Mayordomos de las fiestas del año próximo. Y es que, Yecla aún en estas fiestas que celebran una tradición del pasado, sigue pensando en el futuro. Las Fiestas de la Virgen de 1983 ya están representadas ahí, y con ello, ya se está trabajando para hacerlas aún más vibrantes si cabe que las de este año.

Porque, en definitiva, la filosofía de la fiesta radica ahí. No es un culto mítico al ayer por el ayer. No es un intento de recobrar en el presente algo que

ya pertenece por esencia al pasado. Si sólo fuera eso, si sólo quedase el rito, el ceremonial, sin nada humano dentro, tarde o temprano perdería su viveza, se acartonaría, se convertiría en algo apergaminado, que no conectaría con la cita diaria de un pueblo en marcha hacia su futuro, que no le diría nada a las nuevas generaciones, porque no tendría nada que ver con las inquietudes de una comunidad moderna y proyectada en el progreso. Si la fiesta vive, si permanecen incluso todos sus ritos y ceremonias, es porque sirven para poner en comunicación entre sí a un pueblo. La fiesta es la explosión de un diálogo, de una comunicación, de un trabajo en común, de un entusiasmo compartido. Y aunque se manifiesta en unos días determinados del año, la fiesta la lleváis, la trabajáis, la preparáis, la habláis, la disfrutáis, la esperáis, amigos yeclanos, todos los días del año, en vuestras reuniones periódicas, en esa noble rivalidad y emulación entre una y otra escuadra; en definitiva, en ese diálogo, en esa comunicación que es la que da vida, la que da fuerza y poder al rito y al ceremonial de la fiesta. Si me permitís una comparación cercana, si vuestros arcabuces disparan esas salvas, año tras año, con el mismo entusiasmo y la misma vitalidad que el primer día, es porque vosotros, estáis cargando arcabuces desde que terminan las fiestas de un año, hasta que empiezan las del próximo, y éste, y no otro, es el auténtico milagro de la fiesta, el que gracias a ella, y a través de su influjo beneficioso, una comunidad, en vez de dispersarse, se reúne; en vez de enfrentarse, converge en un solo objetivo; en vez de dividirse, multiplica sus fuerzas. Ese es el auténtico milagro de la fiesta, amigos yeclanos, que gracias a la fiesta, se construye un pueblo. De ahí que sea muy difícil ver que pueblos divididos, con rencillas, con problemas sin solución, puedan llevar a buen término el legado tradicional de sus fiestas. Y al revés; la mejor forma de discernir la vitalidad de un pueblo, el más exacto termómetro para detectar el índice de progreso de una comunidad humana, es precisamente, el cariño, el afán, el esplendor con que celebran sus fiestas. A tal fiesta, tal pueblo. Y vosotros, amigos yeclanos, lo estáis demostrando, con el paso de los años, en estas fiestas de vuestra entrañable Virgen del Castillo.

Por eso, para mí, ser pregonero de unas fiestas tan hermosas como las de Yecla, representa toda una salutación al optimismo. Es oficio de corazón y no

de cerebro. El pregonero busca la vivencia, se emociona con ella, la rodea con sus palabras, y la hace estallar, como vuestra pólvora entusiasta, en un sinfín de adjetivos. Si el pregonero fuese uno de esos cerebros electrónicos que últimamente tanto están de moda, sintetizaría la esencia de Yecla en un manojito de cifras, de datos, de gráficos, de coordenadas. Hablaría de la prehistoria de Yecla, de esas cuevas del Arabí, con sus extraordinarias pinturas rupestres, o de los vestigios tartesios, griegos y romanos encontrados en Ello y los Torrejones, y de las diversas hipótesis sobre el nacimiento histórico de la ciudad de Yecla, todo ello adornado de testimonios y citas eruditas.

El estadístico haría gala de un sinfín de detalles, no olvidaría cualquier referencia histórica al nacimiento y celebración de las Fiestas de la Inmaculada, de las diversas variantes, cambios y progresos que su ceremonial ha ido experimentando a lo largo de los años, el estadístico arrojaría un sinfín de información, sí, pero se habría olvidado de lo esencial. Los árboles de los datos, nos impedirían ver el bosque de la emoción.

De ahí que el pregonero prefiera olvidarlos y degustar en la grata compañía de unos nobles corazones yeclanos un buen vaso de ese vinillo que es una de sus más exactas y precisas glorias, compartiendo con ellos la alegría y el gozo popular de su fiesta. La enumeración de pregonero, ante la historia, el paisaje, el entorno de Yecla, no la hace al modo del estadístico, con la actitud fría y distante de la computadora, sino al estilo de aquellos juglares que entendieron sus cantares de alabanza, como un medio más para sumergirse aún más en la vida, como aquellos peregrinos, descubridores de caminos, que iban llenando su corazón de patria, de la más hermosa forma con que podían hacerlo, andando, haciendo camino al andar, paso a paso, verso a verso.

Pero no puedo olvidar ni mucho menos que Yecla, además de su paisaje, de sus gentes, de sus folklores, además de esa gastronomía recia, firme, entera, además de la riqueza de su vino y la belleza de sus muebles, no puedo olvidar el hecho de que me encuentro en un pueblo con un pasado literario excepcional. No me puedo olvidar de ese hijo de yeclanos que fue Azorín, que se formó aquí,

y que utilizó como seudónimo el apellido más antiguo en los documentos históricos de Yecla. No puedo olvidarme de Azorín, porque ha sido el gran maestro del estilo moderno en el periodismo. Concisión. Brevedad. Prontitud. Y tino certero en decir la frase justa en el momento apropiado. Y hablando de periodismo, como profesional de la información, he de admirar en Yecla esa pasión, ese amor a la prensa, a su prensa. No puedo olvidar ni mucho menos que Yecla en menos de un siglo dio a luz a 68 publicaciones periódicas distintas, llegando a editar periódicos semanales e incluso diarios, y llegando a contar con un servicio de información telegráfica desde Madrid, concretamente, en 1898, cuando en Yecla se seguían con extraordinario interés los acontecimientos de la Guerra de Cuba. Y no puedo pasar por alto que en esas publicaciones se dieron cita firmas ilustres de nuestras letras. Nombres como Eugenio Noel, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, y por supuesto, el propio Azorín. Cierto es que esa tradición periodística de años ha, hoy cuenta con numerosos impedimentos para hacerla florecer. Las nuevas conquistas de la tecnología en el terreno de la prensa, la edición de periódicos, y la transmisión de noticias de una ciudad a otra de forma instantánea por medio del láser, como se está realizando ya en nuestro país, es una rémora para cualquier publicación que, por local, ha de ser tan modesta como poco rentable. Pero la llama está ahí, y ese poso literario es algo que deja huella. Me lo confirman personalmente esas excelentes Revistas-Programa, que en forma anual editáis con motivos de estas vuestras queridísimas fiestas.

Yecla, efectivamente, es una ciudad de contrastes. Estáis situados en una encrucijada de caminos. Sois murcianos, levantinos y manchegos, todo a la vez. Sois labriegos por las viñas, industriales por los muebles. Y de la suma de todos estos contrastes, en vez de la confusión, sale la luz. Una luz que descende todos los años, por estas fechas, del Cerro del Castillo, y que es recibida con la alegría vital de todo un pueblo, manifestada en esa inmensa salva sin fin de los arcabuzazos que resuenan desde la mañana de la Bajada.

Arcabuces y flores, pólvora y banderas, devoción y júbilo, y todo un pueblo unido en una misma idea. Esta es vuestra fiesta. Ella es vuestra madre,

de la misma forma que lo es vuestra Virgen del Castillo. Y en ella os unificáis y os proyectáis en el futuro. Permitidme pues, que las últimas palabras de este modesto pregón sean para esa nueva generación que un día llevará el Bastón y la Bandera en fiestas de años venideros, para esos niños que hoy sueñan con participar en las fiestas como pajes de su Virgen, y que utilice para ello los versos de ese gran poeta –yeclano de corazón y de sentimientos– que fue Francisco Antonio Jiménez:

*'Blanco, azul, rosa, los trajes
de la niña. Militar
el atuendo de él... Sin par
la pareja de los pajes
que la Virgen va a ostentar.*

*Traje blanco, azul o rosa
de la niña. Gallardía
militar en él... ¡Qué hermosura
la pareja deliciosa
de los Pajes de María!*

Gracias, amigos yeclanos, por vuestras fiestas.